Desde la muerte de su padre, bajo un invierno en Leeds que no termina, Camelia, la joven protagonista del debut literario de **Viola Di Grado**, avanza con pasos silenciosos por un mundo ajeno y cerrado. Mundo del consumo definitivo y de las conductas estereotipadas, donde la libertad se cifra en un cubo de basura, como enigma, o en la locura de una madre que perdió al marido y la razón en un mismo día.

En ese largo invierno, Camelia aprende que en la lengua, y en la prosa de la novela, en la ironía de un texto que vuelve obsesivamente sobre sí mismo, descansa la única reserva de esperanza. En su mundo adolescente, la ropa, la moda, las compras, los vestidos, los sueños, todo se presenta desfigurado, roto, informe, un *prêt à porter* de la desesperanza. Sin embargo, un día Camelia conoce a Wen, un joven chino que empieza a enseñarle su idioma. Los ideogramas, asignando nuevos significados a las cosas, abrirán un resquicio de belleza y misterio en su vida oscura.

Saludada por la crítica italiana como la gran revelación literaria del año, ***Setenta acrílico treinta lana*** es una de esas pocas, poquísimas novelas que logran mantener intacta la fuerza de la inspiración poética sin renunciar a contar una historia.

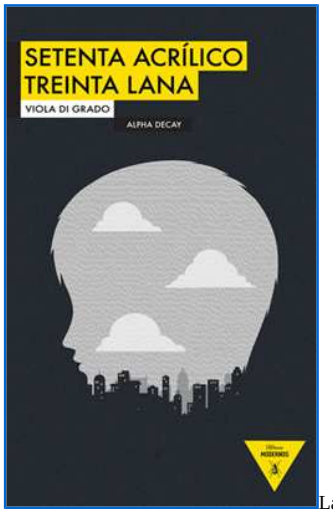
La obra que aparecerá el 10 de octubre editada por Alpha Decay, obtuvo los premios Rapallo-Carige Opera Prima 2011, Campiello Opera Prima 2011 y fue finalista del prestigioso Premio Strega 2011. Y se ha dicho de ella:

> Una muy loable opera prima. Si hay justicia en este mundo, arrasará en todos los premios.
> **Giovanni Pacchiano**, *Il Sole 24 Ore*
>
> Poético y sorprendente, escrito con un lenguaje incisivo, potente y carnal. Este libro es la revelación del año.
> **Silvana Mazzocchi**, *La Repubblica*
>
> Una formidable prueba de escritura.
> **Giulio Ferroni**, *Alias – Il Manifesto*
>
> Una novela que sorprende por la escritura, que recuerda a la fuerza narrativa de Kitano en *Dolls*, sumergida en una bañera de agua, helada por la poesía de Björk.
> **Gian Paolo Serino**, *D – La Repubblica delle Donne*
>
> Novela cruda y cruel, sustentada por una escritura que sabe impregnarse de delirio, gracias a un certero dominio del instrumento expresivo.
> **Ermanno Paccagnini**, *Il Corriere della Sera*
>
> Una fábula plagada de sombras y sangre, abandonos e incomprensiones. Una novela sobre una Alicia alejada del País de las maravillas que intenta ocultar su infelicidad con palabras, con caracteres, con alfabetos y con el descubrimiento de idiomas que pueden expresar el dolor de vivir y, al mismo tiempo, un arrollador deseo de felicidad.
> **Fracnesco Longo**, *Il Riformista*
>
> Un deslumbrante debut narrativo.
> **Francesca Matteoni**, *Nazione Indiana*
>
> No son sólo la trama y el final (sorprendente) los puntos fuertes de esta novela. Es el hecho de que este libro sea el debut de una chica de veintitrés años, que sabe escribir y nos hace descender a las profundas oscuridades del corazón, donde hasta la locura y las obsesiones son contagiosas.
> *Marie Claire*
>
> Viola Di Grado sólo tiene veintitrés años pero va muy en serio. Demuestra la habilidad de un malabarista loco con las palabras. *Dark* como Amélie Nothomb, provocadora como Elena Ferrante. Le auguramos el mismo éxito.
> *Elle*
>
> Me atrevo a apostar por Viola Di Grado. Por su talento y por sus libros, empezando por éste, con el que debuta con tan sólo veintitrés años. Pensando que lo escribió cuando todavía era una adolescente, sorprende por su madurez desde las primeras líneas.
> **Pietro Chieli**, *Gioia*
>
> No cabe duda de que nos acostumbraremos pronto a escuchar hablar mucho de Viola Di Grado.
> **Giovanni Dozzini**, *Europa*

Un debut *noir* y rítmico que sorprende a cada frase.
Lisa Corva, *Il Piccolo*

El que sigue es un fragmento de la novela que se publica en ZonaLiteratura.com por cortesía de sus editores:

Setenta acrílico treinta lana, de Viola Di Grado



Las lecciones se sucedían, pero también las excursiones a Scarborough los miércoles. A la hora de comer, Jimmy y yo salíamos a dar un paseo por la calle principal, apestaba a pescado frito. El mar nos seguía pero a veces cambiaba de color. Había un montón de casinos y en todos los estancos vendían revistas porno. La gente paseaba sus carnes y su alegría en sandalias de plástico, la luz se follaba el amarillo blando de sus cabellos y el rosa porcuno de su piel. Nos comprábamos unas cheeseburgers con patatas fritas y luego volvíamos a nuestra gruta.

Hacíamos sexo. Al menos dos veces seguidas. A veces tres. El resto nos importaba un bledo.

Yo escribía mis ideogramas personales sobre el tórax perfecto de Jimmy y él a veces se reía porque le hacía cosquillas. Diseminaba besos de chaval histérico por todo mi cuerpo.

Miraba las gaviotas alejarse en el cielo y convertirse en el ideograma de «ver», un cuadrado abierto del que se descuelgan dos líneas curvas. Abría las piernas y yo también era ese ideograma, y él lo escribía dentro de mi cuerpo hasta colmarme con su tinta secreta, y yo decía «Quiero hacerlo otra vez», pero el rumor de mis palabras me llegaba en sordina, detrás de las olas, detrás de la lluvia, ah, no había visto que llovía.

—Yo tampoco lo había visto. Sí, otra vez, tengo muchas ganas.

Luego volvíamos a la orilla como detritos que se rebelan, los pies llenos de algas y arena. Nos seguía el ruido del mar, te hacía pensar en ese instrumento tubular africano que imita el ruido de las olas, pero en Scarborough era todo lo contrario, eran las olas las que imitaban al instrumento.

Había una vez un chico y una chica, se besaban de una manera rara, como gatos, y en la radio sonaba Björk, precisamente ella, ¡cuánto tiempo sin escucharla! Me acerqué, la música se ensanchaba, los agudos descuartizaban el sonido incesante del mar, «Look at the speed out there it magnetizes me to it…».

Volvía a casa y todo era igual. En las lecciones de Wen también.

El timbre del móvil y el del horno y el del despertador pugnaban por meterse en mi cabeza cuando soñaba despierta, pero yo seguía pensando en Scarborough. En casa, por la calle, en el supermercado, en la tienda. El instante en que volvía a encontrarme con el cuerpo de Jimmy se alargaba como una goma y yo seguía desnudándolo y primero le quitaba la camiseta y luego también la piel. La retícula de su caja torácica era el ideograma de «sexo», que a la izquierda tiene la clave de «corazón» y a la derecha la de «vida».

—¿Me estás escuchando, Camelia?

—Sí, Wen.

De noche, al llegar a casa, me daba una ducha larguísima, hasta que las yemas de los dedos se convertían en papel mojado. Mi madre me miraba desde el otro lado de la mampara de la ducha.

—¿Qué haces aquí? Espera tu turno. No, hoy no te lavo, dúchate sola.

Y se metió una mano en el bolsillo del peto. Me plantó una foto en el cristal. Detrás de la superficie opaca distinguí un árbol de follaje muy tupido, y alrededor, desenfocado, un prado lleno de matorrales y luminoso.

Salí de la ducha. Ella permanecía con el brazo tendido sujetando la foto como un trofeo. Ese árbol se proyectaba hacia el cielo con una salud y una pasión increíbles. Pude ver

cómo se movía. El prado desenfocado al pie del tronco era un pueblo entero que lo adoraba de rodillas ofreciéndole sacrificios humanos.

Ella me dijo la mirada *¿Por qué sacrificios humanos?*

Le arrebaté la foto de la mano sin haberme secado siquiera. Se duchó. Ese árbol era todo lo más que uno podía acercarse a la vitalidad del universo. Es increíble que un cierto número de sesentavos de segundo concedidos a la luz para que ésta entre en el objetivo, una precisa apertura de diafragma, un único gesto para el encuadre que aísla una cosa y excluye para siempre todo lo demás, hayan bastado para crear una imagen como ésa.

—¿La has sacado tú? ¿De verdad? Es Hyde Park, ¿no?

Mi madre había ido hasta Hyde Park.

—¿De verdad que has salido de casa?

Sonrió como un ser humano. Dios tuvo que trabajar seis días para crear la belleza del cosmos. A mi madre le bastó una escapada a Hyde Park.

Como en los viejos tiempos, cuando le bastaba levantar un brazo para que todo el mundo se pusiera a tocar. Un movimiento de los dedos y el viento en la ventana sonaba *sol mi do*. Un retoque en el peinado y la nevera entonaba un *re sostenido*. Su talento inconsciente para ser la directora de orquestra de la belleza del universo. El corazón me latía fortísimo.

—¿No me dirás en serio que has ido al curso de fotografía?

Aún sonreía.

—¿Pero por qué no me has llevado contigo al parque?

Me quitó la foto de las manos.

—Mamá, por favor, ¿me escuchas?

Salió del lavabo.

Tu calificacion es...

Rating: 0.0/**10** (0 votes cast)

Rating: **0** (from 0 votes)

Compartir

Tags: Alpha Decay, narrativa italiana contemporánea, novela, Setenta acrílico treinta lana, Viola Di Grado

Deja un comentario

Tu dirección de correo electrónico no será publicada. Los campos necesarios están marcados *

Nombre *

Correo electrónico *

Web

Publicar comentario

Ediciones ZL